

En el atardecer del siglo XX

Las consecuencias económicas del Sr. Keynes

MIENTRAS EL SISTEMA REGIDO POR EL PATRÓN-ORO DURÓ UN SIGLO, EL PATRÓN CAMBIO-ORO APENAS SUPERÓ TRES LUSTROS, Y TERMINÓ BAJO EL PESO DE SUS PROPIOS VICIOS ESTRUCTURALES

Por Ramón Díaz

En 1925 Keynes escribió un famoso artículo (*Las consecuencias económicas del Sr. Churchill*) donde la emprendía contra la decisión del gobierno británico -cuyo canciller del Tesoro era Winston Churchill- de retomar a la convertibilidad de la libra en oro a la paridad de la preguerra. Era la misma decisión que había tomado el gobierno británico en 1816, al cabo de las guerras napoleónicas, luego de una inflación considerable desde la inconvertibilidad resuelta en 1797. La misma decisión adoptada por el gobierno de los Estados Unidos en 1865, a la postre de la guerra de secesión, luego de una inflación del 100% en los cinco años que duró la contienda. En ambos casos, como en todas las situaciones análogas (v. gr. en Uruguay en 1876, superando la inconvertibilidad decretada en 1874), se requiere de una etapa de deflación para lograr el objetivo.

En términos generales, las deflaciones siempre han sido episodios dolorosos. En síntesis, el método para procurarlas (cuando son deliberadas, se entiende) consiste en conseguir un superávit fiscal sostenido y quemar los billetes recaudados en exceso de los gastos. Con el tiempo todos los precios bajan, pero no todos a la vez. Algunos, por ejemplo los salarios, suelen mostrarse resistentes al descenso, y en lugar de ello se genera desempleo. O sea que el tipo

“EL PATRÓN CAMBIO-ORO APENAS SUPERÓ TRES LUSTROS EN DURACIÓN”

de cambio, en régimen de flotación por el momento, baja más que los salarios nominales, lo que equivale a una apreciación real o, como suele decirse en nuestro medio, a un “atraso cambiario”.

Keynes argumentaba como un contemporáneo nuestro. Sostenía que la estrategia adoptada, que requería flexibilidad de parte de los salarios nominales, había dejado de ser políticamente factible en un régimen democrático, en cuyo seno -por lo demás- los sindicatos habían alcanzado gran poder. Al mismo tiempo, el gobierno británico no podía abandonar sin gran trepidación una libra cuyo contenido oro había sido fijado por Isabel I, cosa de 400 años antes. Tampoco quería ser el primer país en devaluar en más de un siglo

(Francia lo haría recién en 1928). Bajo el patrón oro había regido una regla inflexible: “No devaluarás”. Por mantenerla, muchos gobernantes habían estado dispuestos a aplicar políticas impopulares.

El lector no debe pensar que se trataba de reducir los salarios reales. Si todos los precios, incluidos los salarios nominales, fuesen igualmente flexibles, todos bajarían proporcionalmente a la caída de la cantidad de dinero, y los salarios reales no caerían. Si este proceso tomara tiempo -en Estados Unidos, lograr la baja de precios que permitió el regreso a la convertibilidad en 1879 tomó 14 años- y, como sería normal en una economía no secularmente estancada, sobrevienen aumentos de productividad, los salarios reales subirían. En Estados Unidos subieron fuertemente. Los salarios nominales, en cambio, bajaron un 33%, lo que implicó

un crecimiento del orden de un 2%, mientras los precios de los bienes en general bajaban 50%, lo que es decididamente mayor que el crecimiento que han estado teniendo los Estados Unidos en las últimas décadas.

La resistencia a la baja de los salarios nominales no puede, pues, justificarse racionalmente. Sin embargo, y pese a haber sido ese descenso el método de ajuste normal cada vez que un país se veía afectado por el atraso cambiario bajo el patrón oro clásico, es decir, según sabemos, hasta 1914, Keynes construyó su modelo bajo el nuevo supuesto de salarios nominales rígidos y, co-

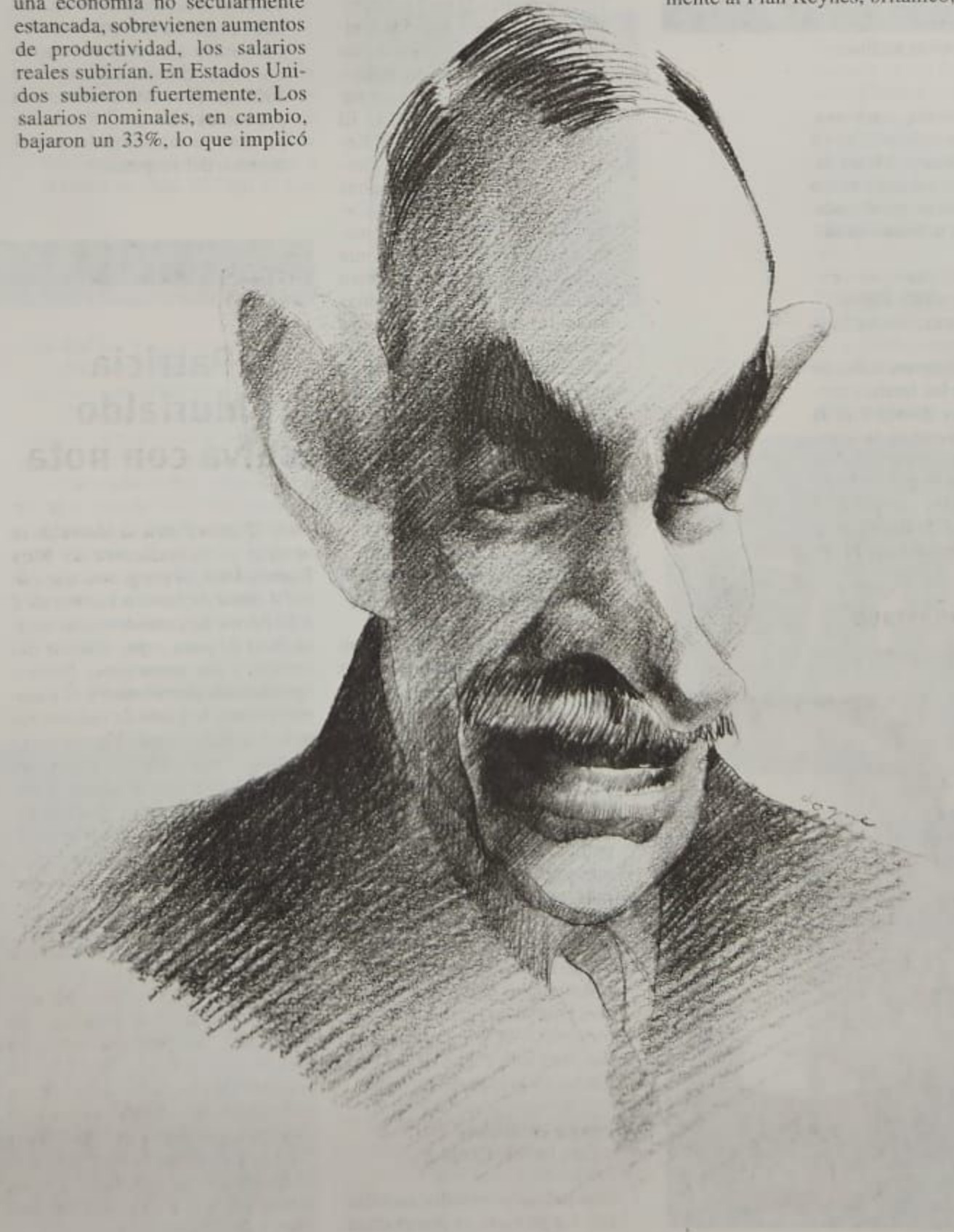
mo consecuencia, debió aceptar la devaluación, antes proscripta por una regla inflexible, como nuevo método normal de ajuste.

Una confluencia de circunstancias históricas, entre ellas el enorme prestigio que Keynes había alcanzado internacionalmente, hizo que quedara en sus manos el diseño del sistema monetario internacional que las potencias victoriosas en la Segunda Guerra Mundial auspiciaran, y quedara consagrado en Bretton Woods en 1944. Es probable que algunos lectores hayan tenido acceso a fuentes que dan por antecedente dominante del acuerdo final al Plan White, norteamericano, y sólo secundariamente al Plan Keynes, británico;

pero esas fuentes suelen omitir que Harry Dexter White, el autor del plan de los Estados Unidos, era él mismo profundamente keynesiano, como los demás economistas que trabajaban para el secretario del Tesoro. Keynes viajó a Washington varias veces durante la última fase de la guerra para ultimar los detalles de la conferencia. Cierta vez le escribió a su mujer diciendo: “Anoche salí a cenar con cuatro economistas del Tesoro. El único no keynesiano era yo”. La *boutade* es reveladora.

El nuevo sistema monetario, uno de cuyos nombres era “patrón cambio-oro”, era una versión *ersatz* del patrón oro clásico. Su idea central fue que ningún país tuviese que recurrir a la deflación para ajustar sus desequilibrios. Para ello se preveían dos expedientes: se incentivaba el ajuste a través de la expansión de los países superavitarios, en lugar de la contracción de los deficitarios, que era la solución clásica en el patrón oro, y se permitía la devaluación cuando la única alternativa hubiera sido el recurso a la contracción monetaria. Un patrón oro *sin lágrimas*, como quien dice. Con ello se evitaron las deflaciones, como se quería, pero se precipitó al mundo muy pronto en una hoguera inflacionaria, que terminó con el sistema apenas 16 años después de haberse comenzado a aplicar con plenitud en 1955. El patrón oro había durado un siglo y había sido necesaria una catástrofe bélica sin precedentes para tumbarlo. El patrón cambio-oro apenas superó tres lustros en duración, y terminó por implosión bajo el peso de sus propios vicios estructurales. El sistema soviético es el único otro edificio económico que periclitó de análoga manera.

Como resultado, el mundo se apresta a entrar en el siglo XXI sin orden monetario y con diversas otras fallas básicas que nos ocuparán la semana próxima.



Aclaración

En la columna del doctor Ramón Díaz del sábado 10, el primer párrafo fue publicado en forma defectuosa, sustituyéndose el término “éste” que aludía a Adam Smith por el nombre de Keynes. A los lectores que puedan haberse llamado a confusión por el error y al columnista, las disculpas del caso.